

TERCERA PARTE
INTEGRÁNDOSE Y TRANSFORMANDO EL ENTORNO

CAPÍTULO I
ASIÁTICOS EN EL AGRO Y EN PUEBLOS
COSTEÑOS PERUANOS

A pesar del título de este artículo y de su importancia, no es intención nuestra presentar en esta oportunidad lo que sucedió con los 90,000 semiesclavos chinos culíes que vinieron al Perú entre 1849 y 1874, mientras duraban los años de trabajos obligatorios que debían cumplir con sus patrones (fundamental pero no exclusivamente los hacendados), así como tampoco lo que aconteció con los 18,258 inmigrantes japoneses que, en este caso, sí casi todos fueron destinados a la agricultura costeña y llegaron, mediante compañías especializadas en emigración entre los años 1899 y 1924. De estos dos conjuntos de asiáticos que arribaron en diferentes períodos hay suficientes trabajos realizados (libros, ensayos, artículos) que presentan con mucho detalle las circunstancias históricas nacionales e internacionales que explican por qué y cómo ocurrieron estos traslados masivos de trabajadores asiáticos, cuyo central objetivo e interés (por necesidad) fue proporcionar fuerza de trabajo para una agricultura que la requería y, cada vez, en mayores proporciones (ver bibliografía incluida, especialmente Rodríguez 1984^a y 1984b).

La intención de este capítulo es presentar y explicar cómo fue el proceso de reintegración¹ de estos miles de inmigrantes orientales (chinos o japoneses) a la sociedad peruana a fines del siglo XIX y comienzos del XX y, centralmente, cómo una proporción de ellos continuó ligado a pueblos costeños y preferencialmente a la

¹ Nos referimos a una segunda integración cuasi voluntaria en la sociedad receptora y no como fue la primera, que estuvo condicionada, puesto que la emigración y la presencia en tierra peruana fueron ocasionadas por los contextos expulsantes nacionales, regionales o locales. Consideramos **contextos expulsantes** a situaciones que se generan en una región (o país) resultado de la conjunción simultánea de fenómenos sociales, políticos, económicos y, a veces, como resultado de acciones bélicas o desastres naturales que obviamente la población residente percibe y que considera que son muy difíciles e intolerables esas condiciones como para continuar viviendo en ellas. hasta tal punto se vive y siente esta desazón, que prefieren y deciden irse grupal y masivamente a otros lugares. Esta era la situación en el sur de China a mediados del siglo pasado, la del Japón rural después de las reformas Meiji (Rocha 1973:19) y es la actual situación en el Perú y particularmente en Ayacucho.

agricultura, pero de manera más libre y en nuevas y mejores condiciones. En este artículo se verá además cómo algunos de estos trabajadores agrícolas (quienes cuando recién llegaron recibían mínimas remuneraciones), sorprendentemente, pocos años después se enriquecen y adquieren terrenos donde siembran, o arriendan haciendas costeñas. Igual sucedió con algunos migrantes asiáticos que llegaron a continuación años inmediatamente después -individualmente o en pequeños grupos- de esos dos primeros conjuntos de asiáticos que no tenían obligaciones de trabajo contractuales y que, algunos de ellos, se orientaron a los campos de sembríos de la agricultura peruana en las tres regiones naturales. Esta presencia de asiáticos en el agro nacional, como propietarios o arrendatarios individuales o mediante compañías, ha sido una constante cuyas dimensiones e influencia han variado entre los años 1880 y 1940, período en el cual nos centraremos. Prescindiremos en esta ocasión de presentar las situaciones de malos tratos, asedio, de prejuicios y discriminaciones a los que siempre estuvieron sometidos los inmigrantes asiáticos de parte de la sociedad dominante. El lector no debe dejar de considerar que todo lo que leerá a continuación tuvo ese entorno de opresión social y racial y que ocurrió cotidianamente.

1. Los chinos

Antecedentes a considerar sobre los migrantes chinos

De todas maneras, y para mayor claridad, corresponde indicar o recordar que gran parte de los chinos culíes estuvieron trabajando mayormente en la agricultura costeña, en haciendas que por lo general sembraron algodón o caña de azúcar, productos cuyo destino final era Liverpool, y que el incremento y expansión de estos cultivos de exportación fue posible por la acumulación que pudieron lograr los hacendados con el esfuerzo de estos primeros orientales destinados al trabajo directo con bueyes, lampa o machete o al lado y en el manipuleo de las desmotadoras de algodón o del trapiche a vapor para elaboración de azúcar. Las haciendas costeñas en el siglo XIX ya habían logrado niveles técnicos modernos para la época y la transformación de los productos agrícolas de exportación (algodón y caña de azúcar) se hacía con maquinaria sofisticada a vapor de fabricación inglesa, para lo que se requería personal especializado para su manejo y mantenimiento. No dudamos en afirmar que, si no

hubiera habido chinos en las haciendas costeñas en el siglo XIX, posiblemente no habrían logrado la riqueza, la ubicación social y el poder político que tuvieron los latifundistas costeños, y diferente hubiera sido nuestra historia republicana decimonónica.

Sin considerar a aquellos que fallecían en las haciendas y que eran enterrados en las huacas próximas y a los que se iban definitivamente de esas unidades de producción agrícola por haber cumplido convenientemente con los patrones de acuerdo a los términos de sus contratos iniciales², muchos de los semiesclavos chinos no pudieron desligarse por bastante tiempo de sus primigenios nexos con las grandes propiedades. Ese rompimiento, para los que lo lograron, tuvo situaciones transitorias. En las propiedades agrícolas cañeras o algodoneras hubo chinos que se envejecieron y frecuentemente cayeron en la drogadicción con opio o en la dipsomanía con el alcohol, que muy fácilmente podían conseguir de esos mismos latifundios, puesto que lo producían; otros orientales pasaron las últimas décadas de su vida tras el mostrador de los tambos de las haciendas; otros más se fueron desligando poco a poco de su condición de peones agrícolas (diferente a la de semiesclavos en cuanto a las condiciones de trabajo); algunos pocos más se enriquecieron como enganchadores de los chinos que se encontraban en un tipo de libertad bastante frágil; y los mismos chinos enganchados por sus hermanos de raza se fueron alejando de las haciendas, con características y en una tendencia a la disminución similares a la de los peones agrícolas chinos; algunos otros exculíes chinos se quedaron en las haciendas que no eran cañeras, pero en condición de arrendatarios o yanaconas (Cf. Rodríguez 1989a: Cap.6).

Pero conforme estos orientales iban dejando definitivamente las grandes haciendas costeñas, aquellos que lo hicieron y que fueron una buena cantidad, iban instalándose en los pequeños pueblos o en las ciudades del litoral peruano, aunque

² Estos contratos se firmaban en China en condiciones de presión social y psicológica para el culí que aceptaba hacerlo y, de esta manera, se comprometía a trabajar durante 8 años para la persona que adquiría ese contrato y en cualquier tipo de labor. Esa persona, la que adquiría por compra el contrato, a cambio del trabajo debía pagarle al chino 4 pesos mensuales, proporcionarle vivienda, alimentación diaria (libra y media de arroz diario), y dos vestimentas y una frazada anuales, además, de médico y medicinas. Al finalizar estos contratos, los chinos quedaban libres pero muchos de ellos se recontrataban por 6 meses, uno o dos años.

la mayor parte de chinos prefirió Lima para recomenzar su vida.

Libertad y situación precarias

Tener presencia e instalarse definitivamente en cualquiera de los pueblos costeños, por parte de los chinos culíes que salían de las haciendas, debe haber tenido como requisitos previstos y largamente sopesados el que tuvieran dónde ir, qué hacer, con qué hacerlo. El dónde ir parece no haber sido un problema significativo. Es frecuente hallar en la literatura consultada que unos chinos con algún tiempo de instalados en los pueblos³, benévola y solidariamente acogían a sus paisanos. Posiblemente, los acogían y/o les daban trabajo sólo de manera temporal, hasta que el paisano recién llegado lograba impulsar por su cuenta una actividad que le iba dando libertad económica de acción. Y, en relación a otros grupos sociales no asiáticos del país, parece que estaban en mejores condiciones de obtener relativa libertad económica y a continuación enriquecerse. Sin embargo, ese período de estabilidad precaria, cuando no se consolidaba algún proyecto puesto en marcha, fue aprovechado por los chinos enganchadores y por chinos aún empleados por las haciendas, una de cuyas funciones era buscar peones libres por dónde hubiera. De esta manera, tentaban a sus paisanos con ofrecimientos o con dinero contante en la mano y los llevaban nuevamente al trabajo de campo en las haciendas. Pero el afán por lograr libertad económica y la perseverancia por desprenderse de cualquier tipo de sujeción contractual condujo a que buen número de chinos se desligaran y rompieran de manera definitiva las ataduras con el sistema de haciendas y pudieron así no aceptar más las tentaciones de sus seductores coterráneos enganchadores.

³ En esta ocasión se debe explicar *qué consideramos pueblos*. Nos referimos a aquellos centros poblados costeños del siglo XIX que mantuvieron sus características y costumbres pueblerinas hasta mediados del presente siglo, cuyas dimensiones físicas y complejidades urbanísticas no eran mayores pero que de todas maneras podía haber en ellos fondas, hospital y oficinas públicas y cuyo volumen de población no sobrepasaba los 6,000 habitantes, entre las que se distinguían personas que no estaban ligadas a actividades agropecuarias, así como empleados públicos, artesanos, comerciantes de medianos capitales y algunos profesionales. En su mayor parte, estos poblados eran capitales de provincias o de distritos (no capitales departamentales) y eran uno de los ejes de los valles costeños. Y en tanto en estos valles la actividad fundamental era la agricultura, esos poblados se encontraban rodeados y mantenían vínculos económicos y sociales con esa ruralidad. Por eso en muchos casos es cuestionable su condición de pueblos urbanos.

Hay frecuentes menciones a las múltiples actividades a las que mayormente los chinos se dedicaban en esos pueblos en los cuales habían decidido (o podían) instalarse. Lo más frecuente ha sido encontrarlos como comerciantes en múltiples renglones y en variadas dimensiones del comercio y en algunos servicios. Viajeros y escritores del siglo XIX señalan haber visto a los exculíes en las ciudades o pueblitos de nuestra costa trabajando como fondistas (dueños de fondas) o como pequeños comerciantes, y vieron que se encontraban bastante bien instalados con familia e hijos. La ocupación más frecuente de ellos fue la de comerciantes. Comerciantes de todo y de cualquier manera. Hubo chinos que en sus mulas llevaban al interior mercadería y luego retornaban; otros que se instalaban en los mercados de los pueblos o que vivían durante años en el tambo de alguna gran propiedad agrícola; algunos más eran ambulantes y hasta tenían doble labor en diferentes momentos del día; otros que eran empleados de casas comerciales chinas cuya oficina principal estaba en Lima; había los que eran prestamistas de dinero y que en otros instantes habían tenido sus garitas; otros eran grandes comerciantes dentro de las dimensiones de un pueblo chico; hay información sobre chinos cuyos conocimientos de las haciendas les permitía que las consideraran, por la población de la gente trabajadora, como su mercado natural donde regularmente iban en acémilas llevando productos. En fin, el comercio fue la actividad "natural" de estos chinos que llegaron al Perú, así como la de millones de chinos que migraron a miles de lugares de la Tierra.

La vida de una comunidad china en un pueblo peruano

En esos pequeños pueblos costeros, los chinos de cualquier región o lugar de Kwangtun - en cuanto que todos los inmigrantes fueron de esta provincia china formaron una sola comunidad o colonia cuyas dimensiones fue variando de esta manera: una tendencia a crecer hasta la década de los años 80 del siglo XIX, luego la disminución del número de miembros se convierte en un proceso irreversible hasta los años 20 y 30 del siglo XX y a continuación es constante el mantenimiento de una cantidad o número de miembros de las colonias, y así se mantienen hasta la actualidad los pueblos costeros peruanos, casi todos tienen su colonia china. Por ejemplo, para los años 30, una ciudad como Pisco albergaba a una comunidad china de 300

personas, entre las que se encontraban muy pocos chinos que llegaron el siglo XIX y mayormente estaba compuesta por aquellos que migraron posteriormente. De todas maneras, en ningún momento parece que haya habido en Pisco, agrupación por regiones de origen o clánicos de acuerdo al apellido común, como se percibe que sucedió entre la gran cantidad de orientales que hubo en la ciudad de Lima. Las separaciones en grupos se han producido por otros motivos; el principal, los éxitos económicos que se hayan tenido, y secundariamente por razones de afiliación política o por las diferentes actividades que realizaban.

A pesar de esta aparente unidad de los chinos provincianos, entre ellos mismos había estratos o capas diferenciadas que fueron determinándose a partir de las ganancias que hubieran obtenido o, lo que es casi lo mismo, la riqueza acumulada en el transcurso de los años. Es indiscutible que mayormente los chinos más ricos residentes en un poblado eran los que dirigían al resto de sus connacionales. Esto era así, pues la mayor carga del desembolso económico en las actividades que hacía la colonia china de cualquiera de esos pueblos recaía en los bolsillos de los chinos "ricos". Y hasta parece que aquellos que casi se mantuvieron al margen de la misma colonia local no fueron muy numerosos, pero eran los más pobres entre todos, casi no participaban en ninguna actividad y sólo entre ellos se visitaban y hasta morían en la soledad.

Las colonias chinas de los pueblos crearon múltiples instituciones, realizaron actividades y celebraron acontecimientos propios de su cultura e historia. Por todos los sitios del mundo donde fueron los chinos de ultramar mostraron una gran capacidad organizativa ⁴. Es así que los miembros de cualquier comunidad china de esos pequeños o medianos pueblos siempre, digamos que anualmente, aumentaba, sus quehaceres en relación a las celebraciones del año nuevo oriental, en las que no sólo congregaban a los paisanos orientales sino que invitaban o llamaban a las autoridades

⁴ Thomas Tsu-wee Tan (1986: 105) coloca una cita, refiriéndose al caso de Singapur, que es válida para muchos lugares del mundo. "The chinese...are immensely and intricately organized -by family, by class, by commercial grouping, in literary, religious, economic, regional, political, occupational, and secret societies. This facility, if not passion, for organization is noted by every writer for every country. In terms of good relations with a national majority, it is both a useful and a dangerous quality" (Hunter 1966).

y a la gente del pueblo donde residían, y durante esos festejos todos en común hacían, celebraban y hasta comían platos cantoneses. Fue también motivo de posteriores celebraciones anuales el triunfo de la revolución de Sut Yan Sen el año de 1911. E inmediatamente a continuación, aparecieron los festejos organizados a partir de la creación del Kuo Ming Tang (KMT), que fueron ocasión que congregaba a gran parte de los miembros de las colonias chinas de estos pueblos, pero no a todos.

Los chinos de los pueblos se organizaron espontáneamente de maneras o con fines muy diversos o recibieron estímulos del exterior para hacerlo. Se organizaron en partidos, principal pero no exclusivamente en el Kuo Ming Tang, que dependían de una central que funcionaba en Lima y ésta a su vez dependía o estaba subordinada a decisiones y recibía órdenes u orientaciones desde China. Hubo locales del KMT en muchísimas partes del Perú en los que se hacía regularmente vida política. El control del KMT mayormente estuvo bajo el mando de los chinos adinerados. Fue frecuente la existencia de asilos para ancianos en los que se asistía a los viejos chinos que no tenían familia ni nadie que los ayude. Y en varios pueblos o ciudades costeños se construyeron cementerios en los que, cuando fallecían, se enterraba sólo a los migrantes chinos y a sus familiares. En los períodos cuando la colonia fue numerosa por haber aumentado los hijos de los chinos, en algunos de esos pueblos y ciudades se organizaron escuelas para esos niños, que por lo general eran lo que denominamos "injertos".

Pero estas colonias no vivieron sólo en relación a sus propios intereses internos al margen de los peruanos que los rodeaban y acompañaban. Las colonias chinas de los pueblos costeños, a pesar de ocasionales agresiones de los peruanos, dieron apoyo considerable a los pueblos donde residieron y donde tenían sus trabajos, negocios y familias. Hicieron donaciones de todo tipo, para lo cual el dinero salía de las erogaciones individuales y casi siempre la mayor cantidad era facilitada por los chinos adinerados. Este fue un comportamiento tras el cual había el interés de ganarse las simpatías de la sociedad dominante.

Contradicciones y aproximaciones

A diferencia de Lima y seguramente también de las ciudades capitales departamentales, en los pequeños pueblos las agresiones de todo tipo a los chinos no fueron intensas. Sucedió ocasionalmente, a veces como resultado de manifestaciones antichinas en la Capital o de exteriorización de circunstancias locales de mal o de supuesto mal comportamiento de algún miembro de la colonia. En el siglo XX, los chinos fueron perseguidos permanentemente en todo el país por dos motivos: por consumo de opio y por practicar juegos de azar, ambas formaban parte de sus particulares costumbres y tenían larga historia entre ellos. El Estado peruano en un instante aceptó y promovió a tal punto el consumo de opio que creó con este motivo un estanco y dio leyes, resoluciones, reglamentos y dispuso personal que controlaba el cumplimiento de la legislación y la venta de este producto. La persecución por los juegos de azar fue anterior a la presencia de asiáticos en el Perú; ellos de su parte practicaban una variedad de juegos en los que no siempre se arriesgaba o el motivo central era la competencia o búsqueda de dinero. De todas maneras, en esta persecución indiscriminada, a veces abusiva, se evidencia una incompreensión más del Estado peruano como representante de la sociedad hegemónica. Por estas persecuciones, el consumo de opio y los juegos fueron aspectos de la tradición china que pasó a formar parte de sus silencios y de sus actividades clandestinas.

Igual que en cualquier otra colonia extranjera, dentro de la colonia china se producían contradicciones entre sus miembros. Mayormente ello ha sucedido en relación a deudas por cobrar. La solución a estos problemas se daba entre ellos mismos; por lo general, no acudían a las autoridades peruanas, aceptaban la intermediación de los vicecónsules chinos, que en un primer momento se llamaron encargados. Y hubo vicecónsules sólo en aquellos pueblos o ciudades en los que había buen número de chinos. Esos vicecónsules, para cumplir oficialmente sus funciones, tuvieron reconocimiento formal de los gobiernos de China, a pesar que todos ellos, esos encargados o vicecónsules, eran de nacionalidad peruana. Claro que no cumplían sólo la función de "jueces" cuando había disputas entre orientales,

también asumían la defensa de la colonia y la de sus miembros cuando ocurrían actitudes de injusticia contra ellos de parte del Estado peruano, de las autoridades locales o de cualquier individuo que no tuviera un comportamiento correcto con una persona de nacionalidad china y también ayudaban a hacer algunas gestiones ante los poderes públicos.

Estas colonias de chinos en pueblos peruanos que inicialmente fueron creadas por los extrabajadores culíes de las haciendas que inmigraron el siglo XIX, incorporaron a sus connacionales que llegaron como inmigrantes voluntarios después de ellos. De esta manera las comunidades se rejuvenecieron, aunque no parece que hayan crecido en cuanto a número de miembros. La presencia de gente venida de China permitió la reactualización de sus culturas originales. El idioma jamás se perdió entre los chinos, aunque sí entre los hijos de los chinos puesto que, muy frecuentemente, eran resultado de matrimonios con mujeres peruanas.

Por los años 30 del presente siglo, la cantidad de chinos que coercitivamente había inmigrado durante el siglo XIX, los llamados chinos culíes, eran bastante pocos, posiblemente no pasaban de 2,000 personas en todo el territorio peruano. La muerte había llegado para casi todos ellos. No obstante, ya el Perú se había convertido en un lugar "natural" al que regularmente llegaban chinos de China al llamado de sus parientes o coterráneos que residían buen tiempo en territorio peruano, y lo hacían de acuerdo a oleadas sucesivas que dependían de los acontecimientos políticos y sociales en el Imperio Chino o en la República del Perú. Tal como aún ocurre hasta estos momentos.

2. Los japoneses

Los primeros inmigrantes japoneses

Las principales diferencias en cuanto a su situación contractual y en cuanto a las

características del trato que recibieron entre el primer conjunto de inmigrantes chinos (aquellos que arribaron entre 1849 y 1874) y el primer conjunto de inmigrantes japoneses (los que migraron entre 1899 y 1923) se deben a que estuvieron presentes en diferentes momentos históricos, y ello fue así a pesar que en ambos casos la principal razón para que los hacendados y el propio Estado peruano apoyaran su presencia y su inmigración fue similar: eran necesarios para la agricultura costeña. Pero entre uno y otro período el agro costeño había sufrido variaciones importantes. Los chinos estuvieron en la agricultura a partir de contratos individuales, y los japoneses bajo contratos colectivos. Los chinos eran controlados por personal de la propia hacienda, mientras que los peones japoneses dependían y eran controlados por aquellas compañías, igualmente japonesas (**ver anexo 1**), que habían procurado su migración. Por esta condición acordada como parte de este sistema de migración, las haciendas pedían cumplimiento de las condiciones del contrato no directamente a los trabajadores japoneses sino a esas compañías, y si los migrantes fugaban las compañías japonesas reponían a los ausentes.

Debe tenerse en cuenta que estos trabajadores sólo estuvieron en algunas haciendas de la costa y no en casi todas como sucedió con los chinos culíes. Esto tiene su explicación si consideramos el problema en conjunto de la situación de la mano de obra disponible para estas haciendas o, lo que es lo mismo, las posibilidades de obtención de fuerza de trabajo en un mercado laboral que iba conformándose. A diferencia del período en el cual hay un volumen inmenso de chinos en las haciendas, cuando los japoneses llegan al Perú la presencia de peones serranos bajo el sistema de enganche era un recurso de obtención de mano de obra que iba utilizándose crecientemente, en tanto cada vez más las haciendas aprendían, experimentaban y tenían éxitos en atraer a este tipo de población y en tanto se intensificaban los factores que expulsaban a gente serrana de sus lugares o pueblos de origen. Los pasos evidentes por los que pasó este sistema de enganche, en relación a las personas encargadas de hacerlo, puede resumirse de esta manera: luego de utilizar durante décadas enganchadores originarios de los mismos lugares o regiones desde donde se lograba trabajadores, los hacendados prefieren y pueden reemplazarlos por sus

propios empleados que conocen esas regiones serranas, pues ellos también en algún momento han sido enganchados desde los mismos lugares de "extracción" de peones; en ambos períodos, pero en diferentes intensidades, el Estado colaboraba con la creación y mantenimiento de este sistema (Cf. Rodríguez Doig 1986).

Los japoneses, migrados y contratados por compañías, son requeridos a pesar de esta reciente y creciente corriente migratoria de peones que descienden desde los Andes; eran más estables que los serranos, que regularmente alternaban costa y sierra de acuerdo a sus diferentes obligaciones en sus lugares de origen (de trabajo en sus propias tierras o de familia u obligaciones extraeconómicas). La estabilidad obligada de los trabajadores japoneses era similar a la de los chinos culíes: el tiempo de duración o de servicios para una propiedad agrícola estaba incluido en los contratos que se firmaban en Asia, sólo cuando el postulante a migrante aceptaba y firmaba las condiciones del contrato, se producía el viaje. El tiempo de duración de los contratos de los peones japoneses no fue de tantos años como el de los chinos, no sobrepasaba en un primer momento de los cuatro años y, posteriormente, la contabilización no se hizo en relación al tiempo sino al número de tareas que se debían cumplir. Para esos instantes, cuando van llegando desde Japón los peones, era ya un requisito que había ingresado en la estructura productiva de las haciendas que exportaban sus productos, que se tuviera un plantel estable de trabajadores que, conforme aumentaba la mecanización, la especialización y los avances tecnológicos, el número de personas necesarias para este plantel iba en aumento. Este asunto necesita una breve explicación.

Las obligaciones que las haciendas tenían con sus compradores del extranjero comprendían un volumen de producción y una fecha de cumplimiento de entrega del producto (azúcar o algodón). Por esta razón se necesitaba trabajadores estables para ciertas actividades productivas. La inestabilidad de la fuerza de trabajo, que siempre fue considerada como un mal endémico, creaba situaciones de zozobra y angustia entre los hacendados cuyos deseos y pretensiones los condujo a pensar y a determinar políticas, dentro de sus propiedades, conducentes a tener cada vez más trabajadores

estables; necesitaban un proletariado agrícola desligado de cualquier sujeción con sus lugares de origen. En este período histórico del que tratamos, podía lograrse estabilidad con los peones japoneses y también con peones serranos, si se les daba incentivos que los "afincaran", término del lenguaje de los hacendados en esos momentos.

Conforme pasaron los años, la situación de los peones japoneses migrados por las compañías fue convirtiéndose cada vez más en inestable e insegura. La intensificación de las fugas o cimarronaje de los migrantes es paralelo conforme van transcurriendo los años, en un momento pareciera que los japoneses que llegaban tenían planes precisos para de inmediato escaparse y hasta lo hacían en parejas, hombre y mujer juntos; en el caso de la hacienda San Nicolás, valle de Supe, a fines de la década de los años 10 y comienzos del 20, los migrantes que recién llegaban no duraban ni una semana, a veces ni un día, tenían entremanos instrucciones que previamente habían recibido en Japón, seguramente de amigos o parientes, de cómo hacer la fuga en un país del cual no conocían casi nada, y al lograr fugarse recibían apoyo logístico externo a la hacienda que ya estaba preparado. Además de ello, en los contratos que se firmaban cada vez había mayores presiones para que se disminuyera el tiempo de trabajo obligatorio. A tal punto llegó esta situación, que fue preferible cambiar las condiciones en los contratos: en vez de tiempo de duración se precisaba que los migrantes debían cumplir una cantidad de tareas, luego de ello quedaban libres y podían utilizar su libertad como quisieran. En nuestra opinión, esto es lo que condujo a que el año 1923 se suprimiera la migración controlada y realizada por las compañías⁵.

Procesos de abandono de las haciendas

⁵ Muchas de las afirmaciones de estos párrafos son deducciones de un trabajo monográfico que tengo redactado pero que se encuentra inconcluso y por lo tanto inédito, y que lleva el título provisional siguiente: **Hacienda, peones japoneses y enganche. Hacienda San Nicolás: 1899-1924**. Esta propiedad agrícola, que perteneció a la familia Laos, fue una de las que más cantidad de trabajadores japoneses "importó". De acuerdo a datos que nos proporciona Amelia Morimoto (Morimoto 1979, cuadro 9), hubo un total de 2,134 trabajadores japoneses cuyo destino fue la hacienda San Nicolás, esta cantidad representaba el 11.6% de japoneses que llegaron al Perú en este período. De mi parte, he logrado contabilizar con precisión el número de fugas de estos trabajadores cuyo total fue de 420, 315 (79%); ellas se produjeron entre los años 1917 y 1919, mientras que el resto, 105 fugas (21%), ocurren entre 1903 y 1916. (ver anexo 2).

Hay poca información precisa para conocer el proceso de ir dejando las haciendas de parte de los trabajadores japoneses. La única que conocemos, la de la hacienda San Nicolás, muestra que se produjo un abandono más acelerado que el que sucedió con los chinos culíes. En este caso los sucesos fueron de esta manera: si el año 1899 el 5% del total de trabajadores, cuyo número era 609 como promedio diario, eran del Japón; en los años 1915 a 1918, cuando había un promedio similar, los peones japoneses eran 325 y 200 respectivamente, y significaban más del 50% de los totales de trabajadores de San Nicolás. Para el año 1924, cuando el promedio diario del total de trabajadores era de más de 1000 (debido al aumento de la presencia de peones serranos), los japoneses sólo eran 82 y significaban el 8% de todos los peones de la hacienda **(ver anexo 3)**.

Esta disminución de trabajadores japoneses era consecuencia del regular e inevitable abandono que hacían de esta hacienda conforme finalizaban sus contratos. ¿Qué ocurría con toda esta población que dejaba San Nicolás y muchas otras de las grandes propiedades agrícolas en las que también había peones del Japón? Amelia Morimoto nos dice que, como quedaron en condición de libres, casi *"sin excepción se recontractaban en la misma hacienda o en otra"*. Por eso surge, de manera muy parecida como sucedió con los chinos culíes, los "enganchadores" japoneses que ofrecían a las haciendas a sus propios paisanos que estaban a su cargo. Claro que de por medio había una ganancia o comisión para estos enganchadores (5 a 10% sobre el salario del enganchado). Posteriormente, algunos de los japoneses pasan a ser trabajadores libres de las haciendas sin ninguna obligación con enganchadores y lo hacen en condiciones de pago iguales a las de los peones libres peruanos. Morimoto continúa luego afirmando que después del período que llega hasta el año 1923:

"La gran mayoría había cambiado de actividad -al mismo tiempo que su situación y condición-; algunos de los que permanecieron en la hacienda se convirtieron en empleados de ella, un gran número se hizo yanacón o pequeño arrendatario dedicándose al cultivo del algodón principalmente. Otros en base a ahorros, habían montado pequeños establecimientos dentro de la hacienda, como bodegas o tambos, peluquerías, fondines, etc." (Morimoto 1979: 50)

A diferencia de los culíes, los peones japoneses que salían de las haciendas no parece que se hubieran instalado en proporciones relativamente considerables en los pueblos costeros, si exceptuamos aquellos que estaban dentro del departamento de Lima. Así tenía que suceder. Siempre la mayor concentración de japoneses ha sido dentro del departamento de Lima. Si de acuerdo a información cuantitativa para el período 1899-1923 que nos proporciona Morimoto (Morimoto 1979: cuadro 9, pp. 45 y 46) a los japoneses que llegaron a la hacienda San Nicolás (2,134), ubicada en la provincia limeña de Chancay, le sumamos los que trabajaban (6,118) en las diferentes haciendas de Cañete, otra de las provincias del departamento de Lima, más una cantidad de peones (4,031) que representan el 22% del total y que llegaron en pequeños grupos a varias de las haciendas de los valles del departamento de Lima de Pativilca, Huaura, Chancay, Rímac y Chillón (haciendas como Paramonga, San Agustín, La Estrella, Naranjal, Andahuasi, Caudevilla, Palpa, Ñaña, La Vega, Cieneguilla, Chacra Cerro, Santa Clara, Huayto, Arguay, Huachipa, Carretilla, Puente Piedra, Huampaní, Collique, El Agustino), tendríamos en consecuencia que el 67% del total de todos los trabajadores que llegaron al Perú desde el llamado Imperio del Sol Naciente tuvieron como primer destino alguna de las grandes propiedades agrícola del departamento de Lima. Seguramente por este motivo, en la información censal posterior que se conoce sobre la distribución de los japoneses en el territorio peruano siempre la mayor concentración de japoneses y sus familiares ha sido en el departamento de Lima más el Callao y, particularmente, ha habido un proceso de concentración en la ciudad Capital, cuyo mayor volumen ocurrió cuando los primeros migrantes fueron dejando las haciendas y posteriormente sucedió, como se verá a continuación, cierto estancamiento. La cantidad de japoneses para los años 1924, 1930 y 1940 residentes en el departamento de Lima y Callao sobrepasaba el 80% del total de todos ellos (**ver anexo 4**). Esta situación que sucede desde el comienzo de la presencia japonesa ha condicionado a que esta mayor concentración continúe hasta la actualidad de manera similar. Para 1966, cuando el total de la población de origen japonés era de 32,002 personas, en Lima Metropolitana había 23,633, que representaban el 73.8%, y en las provincias limeñas 3,342, lo que representaba el 19.5%; y para 1989, cuando los originarios del Japón eran 45,644, en Lima

Metropolitana había 34,928 (76.5%) y en las provincias limeñas había 3,564 (7.8%) (Morimoto 1991:Cuadro 35, p.93). Esta breve información nos muestra que hay permanencia y pocas variaciones en *términos relativos* de los japoneses y sus familias en Lima y en provincias limeñas; en consecuencia, las familias japonesas de estas provincias casi no se han trasladado masivamente a la Capital en las últimas tres décadas y, muy posiblemente, han seguido en similares actividades a las que se dedican desde hace buen tiempo, una de ellas, particularmente en el valle de Chancay, Huaral y Aucallama, la agricultura ⁶.

Los japoneses del valle de Chancay

Por doble motivo, interesa detenerse en el valle denominado Chancay, Huaral y Aucallama, que se encuentra regado por las aguas del río Chancay. El primero está indicado anteriormente: en esta región hay una numerosa presencia de japoneses que ha sido permanente y que se inicia desde que llega al Perú el primer contingente el año 1899, y aún continúa en la actualidad, tanto que el 15% de la población de origen japonés que no vive en Lima Metropolitana radica en este valle. El segundo motivo es que en este valle se produjo un proceso de concentración, bajo la firme dirección de un japonés, Nikumatsu Okada, en la conducción de un conjunto de haciendas mayormente aldoneras, como no se conoce en la costa peruana, si exceptuamos los casos de concentración de terrenos agrícolas en las haciendas cañeras donde además de concentración se ha producido fusión de varias unidades agrícola productivas bajo dirección de una sola compañía o negociación.

⁶ En tanto el objetivo de este artículo es conocer lo que sucedió con los asiáticos en los pequeños pueblos y en la agricultura luego que abandonan las haciendas, no es nuestro interés mostrar las actividades y las variaciones que en ellas hayan ocurrido con los japoneses que se concentraron en la Capital. Para los lectores que estén interesados en este asunto deben consultar los trabajos de Amelia Morimoto e Isabel Lausent, reseñados en la bibliografía. Particularmente es de suma importancia el libro de Morimoto de 1991, en el que muestra los resultados del censo de 1989 de la población de origen japonés.

El año 1899, una de las haciendas del valle, Palpa, ubicada en la margen izquierda del río Chancay, recibió la cantidad de 58 japoneses (20 de los cuales eran de Niigata, 26 de Yamaguchi, 11 de Hiroshima y 1 de Okayama)⁷, que formaban parte del primer contingente de peones que llegaba al Perú desde Japón, que lo habían hecho en el barco *Sakura Maru*, y cuya cantidad total fue de 796 personas. Estos migrantes fueron los iniciadores de la segunda gran corriente migratoria que desde Asia llegaba a Perú con el central objetivo de trabajar en haciendas de la costa. En una ocasión posterior, probablemente 1909, a Palpa llega un nuevo grupo compuesto por 23 peones japoneses, entre los cuales estaba el peón Nikumatsu Okada; y, en distintas fechas, Esquivel, hacienda bastante próxima a la ciudad de Huaral, recibe 8 grupos de migrantes que hacían un total de 409 trabajadores. De esta manera, con 490 peones el valle comenzaba un proceso de presencia y de creciente aumento de japoneses cuya importancia perduraría hasta la actualidad. Varios autores se han referido a estas circunstancias, uno de los cuales dice:

"Durante la segunda década del siglo actual, cuando el algodón comenzó a reemplazar el cultivo de maíz, camote y otros productos de panllevar, así como a la industria del ganado ovino y porcino en el valle de Chancay, casi la mitad de las haciendas sufrieron cambios administrativos que dieron como resultado que la administración de las mismas pasara a diversas organizaciones de administración japonesas, y a que miles de japoneses se radicaran en las haciendas como yanaconas. Las motivaciones altamente racionalizadas de estas organizaciones de administración se orientaban hacia el incremento de las utilidades, por lo que en el mercado en alza del algodón, dichas organizaciones obtuvieron tal éxito que los hacendados peruanos obtenían utilidades muy superiores a las que solían obtener. Se hizo costumbre contratar a japoneses (y chinos) como gerentes, administradores, mayorales y yanaconas. Los japoneses llegaron a ejercer considerable influencia en la escena local como innovadores en el campo de la administración y como agricultores muy trabajadores, capaces de cultivar el algodón y de introducir el cultivo comercial de hortalizas tales como el tomate y la cebolla. Pero quizás el mayor cambio forjado por las organizaciones de administración haya sido la ampliación del sistema de yanaconazgo" (Faron 1967)

Para el año 1940, de un total de 17,627 japoneses que había en el Perú, en el

⁷ Sobre estos primeros japoneses que llegaron al Perú hay un trabajo minucioso que estuvo haciendo el señor Juan Lida y que solamente se ha publicado información cuantitativa (Lida 1988). De nuestra parte, hemos hecho un relato historiográfico-periodístico sobre los acontecimientos sucedidos con la cuota de migrantes de este primer contingente que le correspondió a la hacienda San Nicolás.

valle estaban concentrados 2,500 de ellos, es decir, el 14% (Lausent-Herrera 1991: 27). Este aumento significativo muy particular en este valle sucedió entre los años 1923 y 1940 y está vinculado a la concentración de haciendas arrendadas que pudo lograr el mítico Okada, quien luego de cumplir su tiempo de trabajo como peón tuvo a su cargo un tambo y a continuación ingresó como yanacona en la misma hacienda Palpa. Por ese entonces, aceptar el negocio de un tambo representaba, para quien asumía ese compromiso con la hacienda, la responsabilidad de llevar peones enganchados para que trabajen en ella, pero también indicaba que había una relación de confianza con los hacendados mayor que la de algún otro trabajador. A cualquiera no le encargaban enganchar peones, pues para ese enganche la hacienda ponía dinero contante y sonante en manos del enganchador. Este pudo ser un negocio rentable en el que estuvo Okada durante algún tiempo. Y posteriormente o al mismo tiempo en el de yanaconaje. A pesar que por entonces el otorgamiento de tierras a yanaconas no era un hecho insólito, de todas maneras indicaba, a su vez, cierto nivel mayor de confianza de parte de los hacendados. En 1923, cuando Okada ya se encontraba catorce años en tierras del valle, inicia el arriendo de haciendas. Pues bien, para poder incursionar en un asunto de este nivel debe haber logrado acumular por entonces no poco dinero. Y empieza por la hacienda La Huaca en 1923 y, tres años después, aprovechando la crisis que las torrenciales descargas de agua habían ocasionado en la hacienda Caqui el año 1925, la arrienda y la mantiene ininterrumpidamente hasta 1941. En 1931 Okada consigue arrendar la hacienda Miraflores y, un año después, Jesús del Valle y Jecuán y, por último en 1936 la hacienda Laure. La suma total de tierras cultivadas de estas seis haciendas era algo más de 4,000 hectáreas, que representaban el 26% del total de tierras cultivadas de todo el valle de Chancay. En el contrato de arrendamiento, en el caso de Caqui del año 1926, se anotaba que se arrendaba toda la hacienda con excepción de la casa-hacienda y que la duración era hasta el año 1936; el pago o merced conductiva se consideraba en 1,950 quintales españoles de algodón Tangüis anuales que, en fechas precisas, debían ser puestos en la playa de Chancay; en este contrato se permitía a Okada subarrendar a terceras personas pequeñas parcelas no mayores de 5 fanegadas (15 hectáreas) (Rodríguez 1967: 105). En 1936 se tuvo que hacer un nuevo contrato que contenía algunas variaciones: en esta ocasión el arriendo

se hacía por el plazo de 8 cosechas consecutivas y se consideraba la merced conductiva anual en 2,400 quintales de algodón Tangüis, desmotados y puestos en la playa de Chancay (ibid: 108).

Para este conjunto de grandes propiedades agrícolas bajo control de Okada, no sólo se trató de arriendo sino que al mismo tiempo se desarrolló una reorganización administrativa eficaz. Todas las haciendas en sus manos, cada una de las cuales tenía un administrador japonés, debían concentrar el algodón cosechado en Jesús del Valle, donde sería desmotado. La desmotadora de esta hacienda era la más moderna de todo el valle. En algunos casos impuso un régimen productivo basado en la conducción indirecta, en el esfuerzo individual de los yanaconas, pero con un rígido control de la producción agrícola algodonera, pues este era el interés principal en circunstancias en que para el valle y para la costa peruana el algodón era considerado "oro blanco", y cuando este oro se sembraba, en opiniones de cierta exageración metafórica, hasta en los techos de las casas; y en otros casos, Okada mantuvo la conducción directa de la hacienda. Esto fue lo que sucedió con Miraflores, y el otro caso fue el de Caqui.

A diferencia de los latifundios de los valles de Barranca-Pativilca y de Supe, ubicados al norte de la provincia de Chancay, muchos japoneses no tuvieron como destino inicial las haciendas del valle de Chancay. A esta región llegaron en total 490 trabajadores migrantes (409 Esquivel y 81 Palpa) y a los anteriores valles 4171 (hacienda San Nicolás 2134, Paramonga 1503, Humaya 390, La Vega 58, Huayto 45 y Carretilla 40). Hacemos esta indicación, pues suponemos que los japoneses que salían de las haciendas ubicadas al norte de lo que era la provincia de Chancay fueron atraídos por Okada e instalados como yanaconas en las unidades productivas agrícolas que iba arrendando. Algunas familias que aún residen lo que fueron haciendas de Chancay reconocen que así sucedió.

Veamos un poco la situación de Caqui durante los años en que Okada la tenía arrendada, cuando regularmente 2 ó 3 veces mensuales la visitaba y cuando poco a poco la fue yanaconizando hasta que, en cierto momento, casi todos los terrenos

productivos de este fundo estuvieron repartidos entre los yanaconas. El año agrícola de 1941-42, el 94% de tierras cultivadas las poseían 45 yanaconas. Okada tuvo ciertos criterios para seleccionar a sus yanaconas. Claramente se distinguen dos: por ser sus connacionales y porque había con él alguna relación de amistad y confianza. Tuvo algunas consideraciones con aquellos peruanos amigos suyos que como él y en los mismos pasados años fueron yanaconas, pero mayores consideraciones las tuvo con sus paisanos. De los 45 yanaconas antes mencionados 27 eran japoneses, que trabajaban el 81.5% de las tierras cultivadas, mientras que el resto, el 18.5% de terrenos, eran trabajados por 18 yanaconas nacionales (Rodríguez Ibid: 123). *"Había yanaconas que tenían cerca de 50 hectáreas hasta los que apenas llegaban a una hectárea"* (Rodríguez ibid: 185). Un año después que Okada asume el arriendo de Caqui, un periódico local, **La Voz del Valle**, informaba que *"gran parte de este fundo está yanaconizado"*. En esos momentos los yanaconas eran "nacionales", Okada decide una mayor presencia de japoneses, para lo cual *"pagó a los yanaconas antiguos para que dejaran libres las tierras o simplemente los expulsó. El año 1931, aprovechando una situación de crisis debido a un conflicto, se desalojó a siete yanaconas ("nacionales")* (Rodríguez 1967: 183).

Durante estos años (1930-1935), Caqui obtuvo altos índices productivos que sólo pudieron ser superados treinta años después en la década del 60, cuando los niveles tecnológicos eran bastante superiores. Esta misma alta producción y productividad se logró en todo el valle entre los años 1939-42, cuando en las haciendas había más de 2,000 yanaconas (Ibid: apéndice 4), records productivos que ni siquiera pudieron ser superados en esa misma década de los años 60. En ese momento, esos records estaban vinculados con el exigente trabajo individual de cada yanacona, con la rígida administración de Okada y con los atractivos precios en el mercado de Japón, que consumía buena parte del algodón producido en el valle de Chancay.

Para concluir con esta parte, conviene reproducir dos citas que indican el esplendor del período del dominio económico y social de Okada en el valle de Chancay ⁸ y cómo

⁸ Acerca de la importancia de Nikumatsu Okada y del período en que logra un poder político, social y económico en Chancay conviene consultar las páginas escritas por José Matos Mar (Matos Mar: 1967), en las que muestra el poder de Okada en todo el

lo logró:

"Okada llegó a formar una cierta mística entre los japoneses. Fue querido y temido. Para que nadie, ningún yanacona, venda a otra persona el algodón que recolectaba, logró organizar un sistema de control estricto, puso cadenas en los lugares de salida de la hacienda (Caqui) para impedir que la venta (del algodón) la hicieran los yanacunas a otras personas que no fueran él" (Ibid: 184).

"Okada era homenajeado frecuentemente. De él aún queda en el valle el eco del prestigio pasado. En los discursos dados en su nombre se recordaba que había sido visto como el más modesto de los braceros, con la lampa al brazo y los pantalones arremangados, conduciendo el agua para nutrir la tierra, a cambio de un modesto salario. Y que de esta situación había logrado pasar a ser el gran arrendatario de todo el valle, demostrando con ello su espíritu de trabajo, constancia, permanente esfuerzo. Okada y su familia eran invitados a todas las grandes ceremonias del valle. Las revistas locales le dedicaron números enteros. El embajador de Japón en el Perú hizo una visita al valle (1929) para percibir el inicial prestigio de Okada y recibir de éste una esplendorosa comida en La Huaca. Por sus méritos el año 1941 el emperador del Japón, S.M. Hirohito, le confirió el Listón Verde, condecoración concedida sólo a cuatro personas anteriormente: una en el dominio británico del Canadá, dos en los EE.UU. de Norteamérica y otra en Brasil" (Ibid: 107).

Todo este esplendor, prestigio y poder finalizan abruptamente el año de 1942, cuando el gobierno interviene los bienes de Okada y los de otros japoneses, cumpliendo el artículo 3 de la ley 9586, según la cual debía hacerse confiscaciones a súbditos y a la comunidad japonesa puesto que Japón había intervenido en la 2da Guerra Mundial tomando la iniciativa bélica en Pearl Harbor. Tras todas esas decisiones estaba el poder y las presiones del gobierno de EE.UU. Por eso pudo lograr que 1,429 japoneses fueran deportados hacia los campos de concentración de California, EE.UU. (Morimoto 1979: 70); entre ellos estaba Okada.

Como Caqui y el resto de haciendas que controlaba Okada habían sido intervenidas, los yanacunas que no estaban casados con peruanas debieron dejar los terrenos que usufructuaban. Muchos de ellos tuvieron que pasar a la condición de peones y dejar para el recuerdo los buenos tiempos de su compatriota Okada. No

valle y cómo esto significó cuestionamiento del poder de los hacendados blancos; preferentemente debe consultarse el subtítulo *El caso Okada* de las páginas 348-353.

obstante esta razzia, algunos japoneses se mantuvieron en Caqui y en muchas de las haciendas del valle, particularmente Esquivel, donde el año 1961 encontramos que aún había muchos yanaconas (el 50% del total) así como algunos de los empleados que eran japoneses. En ese año, gran parte de aquellos japoneses de esta hacienda tenían granjas donde criaban gallinas ponedoras y estaban vinculados a Cosacel, cooperativa que centralizaba la producción de estas y de muchas otras granjas. Los niseis de Esquivel tenían un club llamado *La Sorpresa*, cuyo principal objetivo era el fútbol. Los recuerdos de la historia de los años pasados por los japoneses en esa hacienda no eran del todo positivos: engaños, trabajo excesivo, desconsideraciones de los patrones, etc., igual que en muchos sitios donde estos migrantes asiáticos en años pasados estuvieron trabajando (notas de campo personal).

En el pasado y en el presente, en sus múltiples aportes, en sus modalidades de inserción, en la creación de un mundo familiar propio bajo normas culturales japonesas, en las maneras de ayuda mutua entre los migrantes, en la creación de ciertas instituciones y en el mantenimiento de una cultura, la situación de Esquivel no era diferente a la de otros conjuntos de japoneses que se mantuvieron en las haciendas del valle de Chancay⁹ y en las de otros valles costeños.

Debe tenerse en cuenta que Okada sólo fue representante de un fenómeno mayor que comprendía a empresas y a personas individuales de origen asiático que lograron ingresar mediante el arriendo o propiedad de las haciendas al sector productivo agrario, y esto empezó antes de Okada y continuó en décadas posteriores.

⁹ Tenemos alguna información de los japoneses de la hacienda Torre Blanca del año 1960 (Turner y Mevius Andersen 1960). Estos dos arquitectos fueron encargados para investigar y a continuación hacer un informe sobre la situación de la vivienda en la hacienda Torre Blanca, para lo cual debieron aplicar una encuesta y realizar un censo de los trabajadores y de los yanaconas de esta propiedad agrícola. De los 25 yanaconas que había 6 de ellos eran japoneses. Y entre estos últimos uno tenía una vivienda considerada por los autores del informe como "admirable", pues *"tiene todos los elementos esenciales -incluyendo servicios higiénicos bastante cómodos- (y) están bien planeados, orientados y contruidos y sobre todo tienen una simplicidad raramente lograda por los arquitectos profesionales"* (el japonés propietario de esa casa) *"recientemente había comprado una camioneta nueva al contado a pesar de la poca área de tierras que tiene"*.

Hemos querido proporcionar esta pequeña nota informativa para indicar que la belleza que vieron en ese año los arquitectos era la misma que en esa misma época encontrábamos en casa de los japoneses de Esquivel: antes de llegar a alguna de esas viviendas se distinguía un orden y claridad dentro y fuera de las casas, y también belleza. Pero asimismo hallábamos entre los que las habitaban cierta actitud hosca y de desconfianza. De esta migración japonesa había pues, además de un aporte en la riqueza producida con su trabajo, ciertos patrones estéticos difíciles de cuantificar y valorables en otro sentido, así como un comportamiento casi hostil contra quien intentara husmear su vida, comportamiento que era consecuencia del mal trato recibido desde mucho tiempo atrás.

3. De semiesclavos a hacendados

Son varios los testimonios de sorprendidos testigos que comprobaban el enriquecimiento que lograban algunos pocos chinos que inicialmente habían estado en condiciones de semiesclavos de las haciendas. Uno de ellos, Manuel A. Fuentes indica, con cierta injusta acidez, los medios por los cuales algunos chinos lograban enriquecerse :

"Cuando los chinos han recuperado su absoluta libertad sea por rescate o por vencimiento del término de su contrata, adoptan, de preferencia, tres ocupaciones: gariteros, fonderos o usureros. En las fondas chinas se está seguro de comer gato por liebre; en los garitos chinos se juega literalmente hasta la camisa. En cuanto a la usura, los chinos la llevan hasta donde no la llevaron los judíos. El interés mínimun que exigen por las sumas prestadas es el cincuenta por ciento; y no sólo usan sino también alquilan las especies que reciben en prenda" (Fuentes 1988: 90)

Otros testigos han confirmado con precisión que ya por los años de 1887 había orientales adinerados y que habían logrado arrendar haciendas costeñas. Es así que para este año encontramos que la hacienda Mazo en el valle de Huaura era propiedad de un exculí apellidado Ausejo, quien había fallecido y por este motivo el fundo era regentado por la testamentaría que llevaba su apellido, en esos momentos Mazo requería y trabajaba con 80 a 90 chinos libres. En ese mismo año, la casa comercial Win On Tay y Cía. arrendaba la hacienda Pucalá, ubicada en Lambayeque, para lo cual tenía bajo contrato a 100 culíes. Esta misma compañía desde un año antes llevaba a la hacienda Cayaltí, igualmente hacienda lambayecana, 131 chinos, a los que con este fin había enganchado, y los mantuvo de esta manera hasta 1891 (Rodríguez 1989a: anexo 8, 312 p). No deben ser estos los únicos casos que por entonces se podía encontrar en relación a orientales que dirigían grandes propiedades agrícolas.

Es de importancia destacar que en el caso de Ausejo se trataba de un chino que muy seguramente en años anteriores llegó al Perú desde Macao como un simple trabajador culí sin dinero y que tuvo que laborar muchos años para alguna hacienda. Posiblemente lo hizo para la hacienda Andahuasi o San Isidro, pues los propietarios de

ellas se apellidaban igualmente Ausejo, y fue frecuente que en momentos de bautizarse el chino asumiera el apellido de sus padrinos quienes, por lo general, eran personajes importantes de la región. Un culí tenía muy pocas posibilidades de ahorrar dinero por los magros ingresos que tuvieron. Por este motivo interesa el caso de Ausejo sobre el que no se puede decir mucho por falta de información. Podemos afirmar, sin embargo, que los exculíes que hicieron dinero lo lograron luego que salieron de su condición de semiesclavos y que a continuación se dedicaron a enganchar a sus compatriotas. Este puede haber sido el caso de Ausejo. No muy diferente debe considerarse el caso de la compañía Win On Tay, la que hizo sus propios capitales a partir del enganche, sin que en años anteriores los propietarios hubieran sido culíes. Esto era posible en tanto no todos los chinos del siglo XIX llegaron contratados para las haciendas. Los miles de culíes constituían un mercado de consumidores que pedían, requerían o exigían variados productos orientales. Por este motivo, desde Hong Kong llegaron empleados de importantes casas comerciales que instalaron sucursales en Lima. Algunos de estos empleados posteriormente decidieron probar suerte y con algún capital obtenido de maneras que desconocemos abrieron sus propios negocios ¹⁰ y pocos de ellos adquirieron propiedades agrícolas.

Luego de transitados algunos años del siglo XX, la rentabilidad de los productos agrícolas, particularmente algodón y caña, iba en aumento. Por eso quienes tuvieron capitales, peruanos o extranjeros residentes, buscaron ingresar en la agricultura. Es el caso del valle de Chancay y seguramente el de otros valles costeros que en las dos primeras décadas del presente siglo hubiera significativos cambios de propietarios. No deja de sorprender la cantidad de chinos organizados en compañías que se encontraban como propietarios o arrendatarios en haciendas de la costa. Dora Mayer recibió información directa de la colonia china acerca de esta situación. Ante ataques que había sufrido la comunidad china, ella estaba interesada en mostrar que esta comunidad extranjera era trabajadora, beneficiosa y creadora de fuentes de trabajo. Reproducimos un cuadro que presentó Mayer de Zulen en un libro suyo publicado en

¹⁰ Evelyn Hu afirma que algunas compañías chinas de Hong Kong mandaron empleados para que abrieran sucursales en el Perú y que estos fueron los casos de Tomás Yui Swayne enviado en 1888 por Wo Chong y Co.; Chan Chun Kay, quien era socio principal de la casa On Wing Chang (Hong Kong). A su vez casas limeñas de chinos abrieron sucursales en capitales de provincias. (HU 1988: 131).

1924:

Lista de agricultores chinos en el Perú

Agricultor	Hacienda	Lugar	Fgds	Product	Obrer
Federico Salinas	Salinas	Lurín	200	Algodón	120
" "	Tomina	"	45	"	40
" "	Olivar	"	96	"	80
" "	Sta. Rosa	"	80	"	50
" "	Sn. Pedro	"	70	"	50
Kong Wo y Cía.	Vilena	"	100	"	75
José Ajoy	Buena Vista y Mamacona	"	130	"	100
Pow Lung y Cía.	La Estrella	Lima	200	Caña	300
" " "	Huachipa	"	300	"	200
" " "	Pedrerros	"	90	"	50
" " "	Villa	Chorrillos	500	Algodón	300
" " "	Boca Negra	Lima	300	"	200
Kong Fook y Cía	Sta. Rosa	"	300	"	250
Ramón Geng	Márquez	"	150	"	200
" "	Pasamayo	Chancay	180	Alg/pap	200
Chen Hop y Cía.	Inquisidor	Lima	100	Algodón	120
" "	Galeano	"	40	"	60
Santiago Escudero	Caballero	"	120	"	150
Pow On y Cía.	Chancayllo	Chancay	270	"	250
" " "	Suchimán	Chimbote	80	"	70
" " "	Upacá	Supe	220	Caña/Al	200
" " "	Sta. Rosa y Calerina	Chiclayo	200	Arroz	80
Chongkong Fung	Huachipuqui	Canta	40	Algodón	50
Hop On Wing y Cía.	Cachaca	Chancay	320	"	400
" " " "	Mazo	Chancay	180	"	200
" " " "	Casa Blanca	"	70	"	100
" " " "	Tambo Viejo	Supe	70	"	100
" " " "	Araya Grand	"	130	"	200
Allí Lay	Boza	Chancay	200	Caña/Al	300
Wing On Chong y C.	Boza	"	150	Algodón	200
" " " "	San José	"	70	"	100
Kon Fat Long y C.	Cultambo	Pacasmayo	300	Caña/Al y arroz	250
" " " "	Limoncarro	"	250	"	200
Pow Fong y Cía.	Cerrillo	"	120	Arroz	?
" " "	Tolón	"	300	Alg/arr	?
Isidro Soto	San Rafael	Casma	?	?	?
Stgo. Funtac y Hno.	La Máquina	"	?	?	?
Lontinchiong y C.	Choloque	"	130	Alg/mai	150
Wing Chong y Cía.	Miraflores	Huarañ	100	"	80
Cheng On	Maní	Sayán	?	?	?
Mang Fun Chang	Araya Chica	Supe	70	Alg/mai	70
Mang Fung y Cía.	Pacaya	Huacho	35	"	40
Gui Sing y Cía.	Potao	Casma	?	?	?
José Chifú	Ascarruz	Lima	70	Alg/mai	80
Tomás Yui Swayne	Poetas	Casma	70	Algodón	100
Win Hing y Cía.	Ronceros Al to y Bajo	Chincha	200	"	300

Fuente: (Mayer 1924: 178-180)

Notas al cuadro: Hay abreviaturas que deben aclararse. **Fgds.** es fanegadas, cada fanegada corresponde

aproximadamente a 3 hectáreas. Product son los productos que se sembraban en las haciendas. Alg es algodón; pap es papa; arr es arroz y mai es maiz. C. o Cía. es compañía.

Es importante la nota que la autora de esta obra coloca al final del cuadro y que dice lo siguiente "*Aún faltan en el número muchas haciendas que por la premura del tiempo no han podido ser anotadas*". Tenemos, entonces, que las compañías chinas tenían más de las 6,646 fanegadas que se encuentran indicadas en el cuadro (hay 4 haciendas de las que no se dice sus dimensiones) y controlaban mayor cantidad de obreros que los 5,885 también indicados en el mismo cuadro (hay 6 haciendas de las que no se dice el número de obreros). Lo más importante que falta en todo esto son las haciendas de las cuales Dora Mayer no pudo encontrar información. A pesar de ello, la principal conclusión que se debe admitir ante esta evidencia es que para este año en el Perú había una burguesía agraria de inmigrantes chinos que tenían bajo control varios miles de fanegadas y de trabajadores. No cabe duda, la información del cuadro pues se encuentra confirmada con alguna otra muy similar del mismo año (Cf. Sin autor 1924). La existencia de un sector chino pudiente ha sido frecuente en muchos lugares del mundo donde emigraron, sobre todo con los descendientes de o después de los primeros migrantes (Cf. Hu-Dehart 1985; Helly 1979; Helly 1987; Chin 1981; Ho 1989; Look Lai 1989).

Antes de continuar debemos hacer algunos comentarios al cuadro anterior:

- Dos de los personajes chinos que están presentes en el cuadro deben haber sido culíes que llegaron el siglo XIX (Federico Salinas e Isidro Soto), debido a que han adoptado apellidos castellanos y esto sucedió casi solamente con los exculíes.
- Buena parte de las haciendas del cuadro estaban ubicadas en los departamentos de la costa central (desde Ancash hasta Ica) y los cultivos predominantes en ellas son caña y algodón, lo que corresponde al auge económico de esos momentos.
- Mayormente los propietarios o arrendatarios chinos (no hay indicación en el cuadro sobre la situación de propiedad o posesión de esos fundos) se encuentran organizados en compañías, algunas de las cuales eran bastante poderosas para esos momentos que incluso comprendían negocios no agrícolas¹¹.

¹¹ Uno de los casos notables es el de Santiago Escudero Whu, quien tenía una compañía que vendía mercaderías denominada Negociación Pow On y Cía. Explotaba las haciendas Chancaillo en el valle de Chancay, la hacienda Upacá

- Algo más por resaltar es que en el cuadro encontramos la hacienda Mazo que en ese año estaba administrada por Hop On Wing y Cía. No es del todo conforme considerar

en el valle de Pativilca, Suchimán en Supe Y Santa Rosa y Carolina en Lambayeque. Además, era miembro del directorio de la Compañía China de Vapores y de la Compañía de Seguros Unión. El año 1924 era presidente de la colonia china. Santiago Escudero había llegado al Perú el año 1897 y se dedicó al comercio, luego *"en la agricultura hallaría un campo más propicio para desarrollar sus energías y actividades y a ella se dedicó con ahinco, obteniendo magníficos resultados"* (Sin autor 1924: 44).

De igual manera se podría reseñar breves biografías de otros personajes chinos bastante adinerados en esos años de las primeras décadas del presente siglo. Sólo como un ejemplo extractamos a continuación notas biográficas de un personaje chino emparentado, posiblemente hermano de Ramón Geng, quien el año 1924 dirigía la hacienda Pasamayo. Las notas han sido tomadas de la revista Oriental N° 329, octubre 1959.

"62 años de residencia en el Perú tiene don Alberto Geng Chía, un hábil y tranquilo hombre de negocios, que anda por los 74 años de edad conservando extraordinario vigor físico y mental.."

Nos cuenta que vino al Perú en 1897. En esos lejanos tiempos la navegación intercontinental y sobre todo con el Oriente era todo un engorroso problema. Había que utilizar tres o cuatro combinaciones navieras, hacer varios desembarcos y correr una verdadera aventura..

Cuando se embarcó rumbo a la América desde Hong Kong, don Alberto apenas tenía 12 años de edad. Era un "mocos" vivaracho, con sed de conocer mundo y sin una pizca de miedo al porvenir..

Toda su infancia la había pasado en su provincia natal de Chungan. China estaba bajo la dominación de la dinastía Manchú. En las provincias mandaban los Mandarines, que ordenaban cortar cabezas por "quítame esta paja del ojo".

Como en el Perú residían algunos de sus familiares, don Alberto se decidió de inmediato a viajar a esas tierras desconocidas para él. Lleno de entusiasmo y sin más equipaje que sus escasas pertenencias, subió a un zampán endeble, adentrándose en el peligroso Mar Amarillo, hasta Hong Kong. De allí cogió un barco que echó anclas en la Bahía de San Francisco, de donde le tocó embarcarse rumbo a Panamá, haciendo un trasbordo para trasladarse finalmente al Perú. Su desembarque fue en el Callao que lo encontró chiquito pero acogedor.

Cuando don Alberto pisó suelo peruano, en Lima y alrededores encontró a numerosos residentes chinos, la mayoría establecidos en prósperos negocios. Las más importantes casas comerciales eran Paw Long, Wing On Chong, Hop On Wing y Wo Chong. Otras que tenían numerosas clientelas y estaban bien provistas de valiosas mercaderías, hoy ya no existen. Cerraron por la muerte de sus dueños y por otras circunstancias.

El "barrio chino" siempre estaba ubicado en el mismo lugar. En el sitio donde ahora está el jirón Billinghamurst se encontraba el Callejón Otaiza, refugio de tahures y de gente de mal vivir y donde también existían una serie de casas de diversión y de bazares de mala muerte.

Como era todavía niño, sus familiares lo inscribieron en el Colegio de San Andrés, que funcionaba enfrente de la Segunda Comisaría. Después de terminar la primaria, retornó a la China, permaneciendo dos años, para volver después al Perú. En su segundo viaje, se estableció en Huacho.....Allí residió durante 10 años, trabajando en una sucursal de Pow Long, regresando nuevamente a la China a la edad de 32 años, permaneciendo otros dos años. Cuando emprendió viaje de vuelta al Perú estaba comenzando la primera guerra mundial. Ya cansado del comercio, decidió dedicarse a la agricultura, trabajando en el fundo "Gallinazo" durante cuatro años, traspasándoselo después al Sr. García Corrochano para hacerse cargo de la hacienda Pasamayo. Por esos años ya había el tren a Huacho, que fuera construido entre 1912 y 1913. En Pasamayo trabajó hasta 1924, trasladándose a Lurigancho. Posteriormente viajó al norte, estableciéndose en Vinchamarca, que es una fértil quebrada del valle de Nepeña, donde todavía sigue residiendo.

Su mejor época ,asegura, fue durante la administración de don José Pardo, realizó buenos negocios y fundó la casa comercial xGeng Hnosx."

que sólo hubo fuerte presencia de chinos, para estos años, además de N. Okada, otros japoneses también habían ingresado a la agricultura. Les interesaba la producción y la comercialización. Japón era uno de los grandes compradores de algodón peruano y de esta manera se mantuvo hasta el año 1942; compraba algodón producido mayormente con el esfuerzo de trabajadores japoneses en haciendas y tierras peruanas. Pasados los años de la 2da Guerra Mundial, esos trabajadores japoneses quedaron como peones agrícolas y otros se refugiaron en las ciudades costeñas, preferentemente Lima. Pero a continuación fue principalmente en el valle de Chancay donde resurgió la presencia japonesa en la agricultura. No tanto en condición de yanaconas sino a partir de su presencia en la irrigación La Esperanza. En esta irrigación, la parte "joven" del valle, ya desde los mismos años de la 2da guerra se podía encontrar a japoneses que eran los que tuvieron que salir de las haciendas que controlaba Okada. Allí permanecieron y, cuando en años posteriores son "readmitidos", una familia japonesa de esta irrigación, los Fukuda, están en condiciones de controlar cada vez más terrenos agrícolas. José Portugal M. (Portugal 1967), en un estudio sobre esta irrigación, divide a la población de ella en seis grupos, en los primeros coloca a aquellos que no poseen terrenos, y a los colonos poseedores de tierras los divide en cuatro grupos según la extensión de sus sembríos. El último de estos grupos son los "grandazos de la Esperanza Baja", pues sus terrenos eran mayores de 40 hectáreas, de las cuales por lo menos 30 estaban destinadas al cultivo de frutales. Este asunto es de importancia, ya que los frutales eran productos altamente cotizados en los mercados limeños. Se trataba de nueve familias que controlaban el 21% de los terrenos de toda la irrigación y que poseían el 35.4% de los cultivos de frutales. Entre este grupo estaban los Fukuda, que se organizaron como Agrícola Inka, compraron terrenos en la hacienda Esquivel, y en el Padrón de Regantes del valle del año 1971 los hallamos como propietarios de 227 hectáreas, a pesar de encontrarse en proceso la aplicación de la reforma agraria del gobierno de Juan Velasco Alvarado. Y ello ha continuado hasta la actualidad y, posiblemente, de manera creciente.

Por igual, es posible constatar la presencia de chinos en años posteriores a los que

hasta el momento hemos visto. Con este fin presentamos en seguida un cuadro elaborado a partir de información de la importante revista **Oriental** (la columna de fecha es el de esta revista), que desde sus comienzos, en el año 1930, tuvo interés en informar sobre la comunidad china en el Perú.

Hacendados Chinos 1932-1959

Nombre	Hacienda	Lugar	Cultivo	Fecha
Augusto Luck Cun Wing On Chong y C.	? Boza y Sn. José	Casma Chancay	? Algodón	5/1932 10/1934
Neg. Agri.Cerrillo (Juan L.Yi)	Cerrillo	?	Arroz	1/1941
Chión Hnos. S.A. León Yau Teng (Antonio León) Jau Chong/Kcomt Alfredo Pang	Aja y Huanchuca Sto. Domingo y San Jacinto Buenos Aires San Manuel y Santo Tomás Vilcahuaura	Nazca Palpa ? Chiclayo	? Algodón /naranj Azúcar Arroz	12/1943 10/1945 1/1947 2/1953
Simón Chang (director gerente) Ricardo Kocchiú	?	Huacho Ilo	? Olivo/ Algodón	1953 11/1954
Soc. Agri.Pueblo Nuevo (Juan Chang y Suc.Cruz Chang) Benjamín Lau Lizandro Lay	?	Quereco- tillo. Pacasmayo Casma	Algodón Arroz Arroz Caña/ Algodón	1/1955 1/1955 4/1956
Roger Li Koo Hnos. S.A.	Cosque Tolón y Ven- tanillas	? Pacasmayo	? Arroz	7/1957 1959
Wong	Paredones	Piura	?	s/f

A pesar de esta información un tanto dispersa en cuanto a los años, constatamos la presencia china en muchos puntos de la costa peruana. Esta presencia en muchísimos casos debe haber durado igualmente hasta los instantes de aplicación de la reforma agraria.

De todas maneras, a pesar de toda la información proporcionada en este artículo,

tenemos la sensación de no haber mostrado todo lo referente en cuanto a la presencia de asiáticos en el agro y en pueblos costeros cuasi agrarios. No hay nada dicho sobre los descendientes de chinos que fueron propietarios de haciendas, algunos de ellos de mucha importancia como la familia Guimoye; no hemos indicado nada sobre la presencia de asiáticos como agricultores en la región selvática (los chinos caucheros o japoneses que siembran pimienta o japoneses que desde muchas décadas los hallamos en Madre de Dios). Así como tampoco sobre algunos chinos que se casaron con mujeres serranas y fueron a vivir a las comunidades campesinas donde pertenecían sus esposas y se radicaron en ellas, y sus descendientes aún se mantienen como comuneros dedicados a la agricultura en esos lugares.

No obstante los vacíos antes señalados y seguramente otros más, debe considerarse como conclusión final de este ensayo lo que sigue: los asiáticos han estado presentes en el agro peruano desde el siglo XIX en muy variadas condiciones. Gran parte dejó definitivamente la agricultura e incursionó en actividades económicas propias de los pueblos y ciudades, en estos lugares se han ido confundiendo y mezclando racialmente con los sectores pobres del país. Dentro de los que quedaron en el sector agrario, algunos pocos lograron acumular capitales y fueron parte de una burguesía adinerada dentro de sus propias colonias o comunidades sobre las cuales tuvieron definida influencia. Su presencia ha sido desestimada y sólo se han tomado casos llamativos como el de Okada y, actualmente, el de Fukuda. Pero la riqueza mantenida por algunos de estos asiáticos que surge con las ganancias obtenidas en el campo ha servido para que se diversifiquen y se mantengan como grupos económicos poderosos dentro de la economía nacional.

ANEXOS

ANEXO 1

Según información de Amelia Morimoto (Morimoto 1979: 52) las compañías que fomentaron la migración de los 18,258 japoneses que llegaron hasta el año 1923 fueron:

Grupos	Compañías	Inmigrantes
67	Morioka Company	15,416
3	Meiji Colonization Company	997
19	Toyo Emigration Co.	762
	Overseas Development Co.	1,083
	Totales	18,258
	102	

ANEXO 2

El cuadro completo es de esta manera:

Número de japoneses fugados de la hacienda San Nicolás .

Años	No.	%
1903	1	0.2
1908	1	0.2
1909	26	6.2
1910	21	5.0
1911	9	2.1
1912	30	7.1
1913	0	0.0
1914	14	3.3

1915	3	0.7
1916	0	0.0
1917	103	24.5
1918	143	34.0
1919	69	16.4
Total	420	100.0

Fuente: Archivo Agrario Fondos hacienda San Nicolás.

ANEXO 3

Las indicaciones las hemos tomado del cuadro siguiente que elaboramos a partir de información hallada en los fondos de la hacienda San Nicolás dentro de la documentación del Archivo Agrario:

Proporción de japoneses del total de trabajadores, hacienda San Nicolás años 1899-1924

Año	Promedio diario de trabajadores	Promedio diario japoneses	% de japoneses del total de T.
1899	609	33	5
1900	620	14	2
1901	589	14	2
1902	624	14	2
1903	635	12	2
1907	534	91	17
1908	570	190	33
1909	532	180	34
1913	607	280	46
1915	622	325	52
1918	369	200	54
1919	818	296	36
1920	791	221	28
1921	822	151	18
1922	834	128	15
1923	969	99	10
1924	1049	82	8

Fuente: Archivo Agrario. Fondos Hacienda San Nicolás, Libros Movimiento diario de trabajo, Nos.355-355.36 (1899-1924).

ANEXO 4

El cuadro que sigue ha sido elaborado a partir de información de los cuadros Nos.11, 14 y 19 de un libro de Amelia Morimoto (Morimoto 1979). Debe advertirse que las cifras de esta información, de acuerdo a opinión razonable de Isabelle Lausent-Herrera (Lausent-Herrera 1991: 35-38), son dudosas por las precauciones que en distintos momentos debió tomar la comunidad japonesa en su interés por seguir manteniendo sus pretensiones del ingreso de nuevos migrantes. Sin embargo, no puede desestimarse el fenómeno principal que muestran estas cifras: la mayor concentración de japoneses en Lima.

Japoneses en el Perú, años 1924, 1930 y 1940

ESTE CUADRO NO HA SALIDO

Fuente: Cuadros 11, 14 y 19 de Morimoto:1979. La información del año 1940 corresponde al Censo Nacional.
Notas: Año 1924: los japoneses del Callao incluidos en Lima. Sólo se ha colocado los porcentajes significativos.

Además de la información anterior que nos muestra la cantidad de japoneses por departamentos, en el cuadro que sigue presentamos la población de origen japonés (japoneses y familia) distribuida igualmente en los departamentos durante los años 1966 y 1989. La información ha sido tomada de los censos que se realizaron en estos años y que han sido publicados en un reciente libro de Amelia Morimoto (Morimoto 1991), quien tuvo la responsabilidad de dirigir el último de los censos indicados.

Población de origen japonés: años 1966 y 1989

Dptos.	Año 1966		Año 1989	
	No	%	No	%
Ancash	383	1.20	677	1.48
Arequipa	74	0.23	357	0.78
Ayacucho	-	-	36	0.08
Cajamarca	-	-	10	0.02
Cusco	90	0.28	117	0.26

Huánuco	276	0.86	109	0.24
Ica	559	1.75	457	1.00
Junín	891	2.78	726	1.59
Lambayeque	531	1.66	759	1.66
La Libertad	1428	4.46	1633	3.58
Lima	13910	84.29	38492	84.33
Loreto	72	0.22	401	0.88
Madre de D.	434	1.36	856	1.87
Moquegua	-	-	39	0.08
Pasco	51	0.16	2	0.00
Piura	187	0.58	293	0.64
Puno	25	0.08	-	-
San Martín	-	-	404	0.88
Tacna	23	0.07	30	0.06
Tumbes	3	0.01	20	0.04
Ucayali	-	-	205	0.45
S/I	-	-	22	0.05
Totales	32002	99.99	45644	99.99

Fuente: Elaborado en base a datos del cuadro No 34 (Morimoto 1991: 90)

Este cuadro, al igual que los anteriores, muestra la permanencia histórica de los japoneses en el departamento de Lima.